This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Geog
3065
40

Geog 3055.40

Harvard College Library

BEQUEST OF

JEREMIAH CURTIN

(Class of 1863)

RECEIVED SEPTEMBER 3, 1913

cover

Geog 3055.1.

LA ATLÁNTIDA

Y

LA ÚLTIMA TULE

EXPOSICIÓN

FORMADA POR EL

LIC. EUSTAQUIO BUELNA,

PARA
PRESENTARLA AL

CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS

Que se reunirá en la ciudad de México
el próximo mes de Octubre.

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente, 51.)

1895

LA ATLÁNTIDA

Y

LA ÚLTIMA TULE

EXPOSICIÓN

FORMADA POR EL

LIC. EUSTAQUIO BUELNA,

PARA
PRESENTARLA AL

CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS

Que se reunirá en la ciudad de México
el próximo mes de Octubre.

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente, 51.)

1895

Geog 3055.40

Harvard College Library
Sept. 3, 1913
Bequest of
Jeremiah Curtin

EXTRACTO

De la exposición titulada "La Atlántida y la Ultima Tule," compuesta por el Lic. Eustaquio Buelna para presentarla al Congreso Internacional de Americanistas, que se reunirá en la ciudad de México en Octubre de 1895.

SEGÚN el Relato de Platón, quien nos transmite los informes que Solón había recibido de los sacerdotes de Egipto, había en medio del mar, frente á las Columnas de Hércules, una grande isla llamada Atlántida, gobernada por Neptuno, quien dividió su imperio entre sus diez hijos, tocando al primogénito Atlas el gobierno de la parte central, que era la mayor y más fértil. Este imperio, en el interior, prosperó y se hizo poderoso; en el exterior, se ensanchó por las emigraciones y las conquistas; y habiendo pretendido un día sojuzgar todas las naciones situadas al Este del estrecho de Gibraltar, fué derrotado por los atenienses, y tiempos después la isla entera tragada por el mar, siendo Atenas también devorada por la tierra entreabierta, entre grandes temblores é inundaciones. Esta es la historia en extracto de esa isla famosa, que en un prin-

cipio se creyó una fábula ideada por la imaginación del sabio ateniense que acabo de mencionar, pero que ya se va comprobando en toda su veraz exactitud por las investigaciones que la ciencia ha emprendido en estos últimos tiempos.

Uno de los medios para esa investigación es la etimología. El nombre de la Atlántida es de filiación netamente nahoa ó azteca, con sólo la desinencia griega. Esta desinencia ó terminación en *ida* era usual en los nombres geográficos y aun patronímicos entre los helenos, como se ve en la Propóntida, Phthiótida, Megárida y muchísimos otros, entre ellos el de la isla referida, que ha llegado hasta nosotros amoldado en la forma griega.

La radical de la Atlántida es *atlatlan*, palabra nahoa compuesta de *atlatl*, reduplicación de *atl*, agua, y de la posposición ubicativa *tlan*, ó bien es *atlan*, síncopa de *atlatlan*, significando ambos "junto á las aguas ó al mar," aunque el segundo de dichos nombres no tiene la energía y énfasis que da al primero la reduplicación aludida de una de sus sílabas, según el genio de la lengua. La dicha significación está justificada por las condiciones físicas del país en que reinó Atlas.

El jeroglífico de la peregrinación de los aztecas confirma también la etimología que se acaba de explicar. Porque el punto de partida se representa por una isla con una pirámide escalonada en medio, signo de población señorial, arriba del cual se ve el de *atl*, agua, y el de *atlatl*, cierta arma arrojadiza que usaban los aztecas. Juntos ambos, y terminando con una *n* en lugar de la última *tl*, dan fonéticamente el nombre del

país *Atlatlan* ó *Atlan*, que con el transcurso de los siglos se ha convertido en *Aztatlan* ó *Aztlan* como hoy se usan.

El imperio atlántico extendió su influjo y su poder por Europa y América, donde ha dejado huellas geográficas y lingüísticas bien marcadas.

Dan testimonio en Europa: el monte Atlas, situado frente á la isla y con el nombre del primer rey de la misma; el mar Atlántico, cuya etimología no se explica sino por la herencia del nombre que le dejó la tierra sumergida en su seno; el puerto de Cádiz, que primitivamente se llamó *Gadir*, nombre atlántico de uno de los diez hijos de Neptuno á quien tocó gobernar la parte de la isla que daba frente á España, región que dominaron los atlantes bajo el nombre de iberos; el vascuense, idioma que se habla en algunas provincias del Norte de España y del Sur de Francia, sin parentesco con las lenguas europeas y conservando más afinidad con las americanas, especialmente con el nahoa; el mismo pueblo vasco y el de algunas provincias meridionales de Francia, de origen, costumbres é historia desemejantes á los demás de Europa, los cuales no habiendo llegado allí por ninguno de los rumbos de la tierra continental, se colige que arribaron del otro lado del mar; la multitud de nombres geográficos en el Sur de Francia que conservan la terminación en *c*, característica de muchos de los nahoas de igual clase; y la numeración entre los vascos, combinando el 4 con el 20, la cual también se conserva entre los franceses desde el 60 hasta el 100, como un resto del modo de contar de los aztecas.

Por el lado de América, hay pruebas del influjo atlántico en muchos nombres de pueblos llamados *Atla* ó *Atlan*, que es la radical de Atlántida y significan "cerca del agua," y en otros más numerosos combinados con aquellos, pero conservando la misma significación radical, como *Atlapan*, *Atlapanco*, *Atlaco*, *Atlacomulco*, *Atlatengo*, *Atlamajac*, *Atlamica*, *Atlacholoayan*, *Altata (Atlatlan)*, etc.

Abundan las tradiciones referentes á la existencia de una isla misteriosa y feliz en medio del océano, en tiempos cuya obscuridad apenas comienzan á disipar las luces de la historia. Los Campos Elísios de Homero situados en los términos de la tierra, las Islas Trasatlánticas de Aristóteles y las Islas Afortunadas en el seno de dicho mar, no son más que la reminiscencia de un país que existió en esa parte de la tierra. Las pequeñas Panateneas, fiestas de la capital de la Ática, los hiperbóreos de Teopompo, la tradición de los druidas de que nos habla Timágenes, la de las Islas Canarias que nos conserva Marcelo, la denominación de atlánticos que aún tenían en tiempo de Plinio ciertos pueblos de la Galia Narbonense, seguramente por razón de su procedencia; todos estos datos, que sólo indico por el laconismo que me impone la naturaleza de este trabajo, forman un gran conjunto de pruebas vivamente persuasivas y que robustecen las demostraciones anteriormente deducidas de la etimología del nombre de la isla, de su conformidad con la interpretación del jeroglífico de la peregrinación azteca y de las huellas de la raza atlántica en sus conquistas y emigraciones por el antiguo y el nuevo mundo.

Ni pueden servir de réplica algunas observaciones que se hacen en contrario, porque son fáciles de explicarse, como haré ver en seguida. Se supone increíble lo que dice Platón, que la Atlántida era más grande que el Asia y la Libia unidas. Pero en aquellos tiempos esas partes del mundo no eran consideradas con la extensión que hoy conocidamente tienen. La primera estaba reducida solamente al Asia Menor, con algo más tierradentro; la segunda se componía de los países del África septentrional comprendidos entre el Atlántico y el Egipto.

El Mar de Sargazo, en cuya grande extensión crece el alga marina, á la vez que sirve de confirmación á la prueba de la existencia de una tierra allí sumergida, nos puede dar á conocer la magnitud aproximada de la isla cuya planta revela. Según Gaffarel, el Mar de Sargazo comienza á la altura de las Azores y se extiende hasta cerca de las Antillas, lo que le da una longitud de 800 leguas en números redondos; y según Vivien de Saint Martin, las algas cubren ese mar entre los paralelos 20 y 40 de latitud, lo que cuenta una anchura de 400 leguas. Pues bien, esta extensión, que viene á ser poco más ó menos de 320,000 leguas cuadradas, bien puede equivaler á la que tenían los citados continentes, tal como eran conocidos en la antigüedad; pero sobre todo, no puede decirse que su comparación era absurda y quimérica.

Las obras hidráulicas ejecutadas por los reyes atlánticos en la parte central de su dominio, produjeron la formación de una isla artificial, cuyas dimensiones, de 125 leguas de longitud por 83 de anchura, dadas por

el Relato, no deben confundirse con las que acabo de calcular para toda la isla.

La circunstancia de estar cruzada por canales de riego esa misma parte central, debió hacerla sumamente fértil, concepto que confirma la aseveración de Platón y de los demás autores que han escrito sobre la Atlántida en dicho sentido.

Y puesto que el gran canal de cintura que rodeaba todo el extenso valle en cuyo centro estaba la residencia real, tenía la forma cuadrilonga, la misma que también afectaba toda la isla, hay razón para suponer que de allí se llamó el país Nahuatlan y sus habitantes nahoas ó nahuatlacas, nombre cuyo origen no he visto designado en ninguna otra parte ni de ningún otro modo. Efectivamente, Nahuatlan viene de *nahui*, cuatro, *atl*, agua, y la posposición *tlan*, significando "entre cuatro aguas."

Extraño parecerá que los egipcios conservaran la memoria de los sucesos de la Atlántida, y no los griegos, á pesar de haber sido éstos los protagonistas en la parte más importante del Relato. Pero el propio Relato explica ser esto debido á las calamidades, inundaciones y destrucción de gentes que ha sufrido Atenas, borrándose así los recuerdos de la antigüedad; desgracias que no afligieron al Egipto, cuyos sacerdotes, además, guardaban por escrito en sus templos la relación de todos los hechos notables que ocurrían en su país y en los extraños.

Asimismo, cierta incredulidad se apodera del espíritu, al oír que los acontecimientos narrados por los sacerdotes egipcios tuvieron lugar hacía 9,000 años.

Pero toda la dificultad desaparece, teniendo presente que en esa nación se contaban los años por meses ó revoluciones lunares en un principio, y después por períodos de dos, tres, cuatro y seis de éstas, lo que daba por resultado la multiplicidad de los años egipcios en relación con los solares que usamos. Según el cálculo que he formado, los sucesos referidos debieron ocurrir al rededor del año de 2,400 antes de la Era Cristiana, y este cómputo no pugna con otros sucesos históricos comprobados, como pugna la cuenta de los 9,000 antes de Solón, considerándolos como solares.

No me detendré en probar que el inmenso desastre de la Atlántida no ha sido imposible. La geología nos demuestra no sólo esos trastornos de la naturaleza, de los que sólo en parte se apercibe la historia, sino también las varias evoluciones y los terribles estragos que ella ha debido experimentar antes de la aparición del hombre sobre el globo, y aun después, cuando no quedó quien diese fe del cataclismo.

Mucho se relaciona con la Atlántida, como á continuación es de verse, la célebre y misteriosa Tule, país cuya ubicación tanto ha intrigado la imaginación de los geógrafos y de los poetas. Diversos pareceres la suponían situada en las Hebridas, en las Orcadas, en Féroe, en Noruega, en Jutland, en las islas Shetland, ó en Islandia, pero todos ellos se fundaban en las indicaciones del geógrafo marsellés Pytheas, quien sin embargo nunca visitó personalmente el país á que de una manera indeterminada dió dicho nombre. Realmente, Tule, Tula, ó Tolan, ha existido; pero sucederá siempre como hasta ahora, jamás será encontrado su

sitio, porque, ubicada en la Atlántida, ha desaparecido con ella debajo de las aguas del mar. Fué en un tiempo la última tierra conocida para los navegantes más atrevidos de la antigüedad, los fenicios, que se aventuraban en las inmensidades del océano; pero perdida su pista, la buscan los sabios inútilmente desde el Oeste, donde reposaba fértil y alegre, como el jardín de las Hespérides, hasta las heladas regiones del Norte de la Europa.

El Libro Sagrado de los quichés, pueblo que ocupaba una región de la América Central, hace mención de Tolan, como de un país situado al Este, al otro lado del mar, á donde iban sus reyes á recoger la confirmación de su autoridad soberana. Y el llamado manuscrito Cakchiquel refiere que había cuatro Tolan, una de las cuales estaba situada al otro lado del mar, de donde procedían los que habitaban la Tolan de Xibalbay en la América referida. Del Oriente también procedía la raza nahoa, que despues de peregrinar por el Norte de América, vino á fundar á Tolan ó Tula, capital de su imperio, que aun subsiste en el actual Estado de Hidalgo, en recuerdo de la Tolan oriental de su procedencia, pues allí no hay tules que motivaran esa denominación.

Tule es en azteca con toda propiedad *Tullan* ó *Tollan* (la *ll* suena como *l* doble), compuesto de *tollin*, tule, cierta planta que prospera en terrenos húmedos, como los que se dicen de la Atlántida, y de la posposición *tlan*, significando "cerca de los tules." La raza nahoa ó atlántica, en su tránsito ó en sus conquistas por el Occidente de la Europa y por América, sembraba el suelo con

los recuerdos de su antigua patria, y de ellos nos quedan aún en el primero de los expresados continentes: *Tulle*, capital del departamento del Corréze; *Toul*, ciudad de la Lorena, el *Tullum* de los romanos; *Toulon*, *Toulouse*, *Touloubre*, todos en el Sur de Francia; *Tolosa* en España; y en especial, *Toledo*, que es netamente de formación nahoa-latina, pues con la desinencia en *etum*, propia de los nombres abundanciales de este último idioma, *Toletum* tiene por raíz á *Tollan*, que pertenece al primero y que también es abundancial, modificado seguramente por los romanos que ocuparon por mucho tiempo la Iberia.

En cuanto á América, multitud hay de lugares llamados simplemente *Tule* ó *Tula*, y también otros que con ellos entran en composición, como: *Tultengo*, *Tultenango*, *Tultita*, *Tultitlan*, *Tulixtlahuaca*, *Tulancingo*, *Tulantongo*, *Tulpan*, etc., significando todos tule en diversas circunstancias. Este nombre, tanto en Europa como en América, no sé que pertenezca á ninguna otra lengua más que á la nahoa ó azteca, la cual se desprendió en remotísimos tiempos de la isla Atlántida.

Para mí, es evidente que ésta ha existido y que en ella se encontraba la que es ahora costumbre llamar la *Ultima Tule*.

LA ATLÁNTIDA Y LA ÚLTIMA TULE.

Exposición formada por el que suscribe para presentarla al Congreso Internacional de Americanistas que se reunirá en la ciudad de México el próximo mes de Octubre.

I

El Relato de Platón.

En un opúsculo que publiqué en esta ciudad el año de 1887 y fué reimpreso en el de 1892, titulado "Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa," traté de probar que el origen de las tribus nahoas que pasaron por el actual Estado de Sinaloa y llegaron á establecerse en el Valle de México, procedía de la Atlántida, isla inmensa situada entre los continentes de Europa y Africa por un lado, y el de América por el otro. Me apoyaba para ese efecto en la etimología recta, y para mí inequívoca, de esa palabra que se deriva de la de Atlatlan ó de su síncopa Atlan, degeneradas por el curso de los tiempos en Aztatlan ó Aztlan, y en la inteligencia genuina del primero de los jeroglíficos que contienen la narración del viaje de aquellas tribus y que se ven en lo que se llama Tira del Museo, porque esta es la forma del documento relativo que se conserva en dicho establecimiento.

Entonces aun no había yo leído á Platón en los diálogos de Timeo y de Critias, donde se hace una descripción de la famosa isla, se reseña, aunque brevísimamente, su historia y se apunta su desaparición bajo las olas del Mar Atlántico, que así ha venido á quedar heredero de su nombre y depositario de sus misterios, hasta que otra conmoción geológica acaso la haga resurgir del fondo del abismo. Pero al leer á dicho autor, me he apercibido de multitud de circunstancias que han disipado en mí toda vacilación, y me veo precisado á proclamar altamente, que ha existido sin duda alguna la Atlántida, y que ella fué la cuna de nuestros ascendientes los aztecas, así como también de muchos de los pueblos primitivos de Europa, cuyo origen no puede explicarse si no es por esa procedencia.

Como base del presente estudio, comenzaré por copiar un párrafo del libro en que se contiene la historia que nos trasmite el sabio que acabo de citar, recogida por Solón en su viaje á Egipto de labios de los sacerdotes de Sais que la guardaban en sus antigüedades: esto sea sin perjuicio de referirme en su oportunidad á otras partes del mismo Relato, para llevar á cabo la demostración que me propongo. Dice así en Timeo:

"Pero en la multitud de hazañas que honran á vuestra ciudad (habla el más anciano de los sacerdotes á Solón), que están consignadas en nuestros libros y que nosotros admiramos, hay una más grande que todas las otras y que atestigua una virtud extraordinaria. Nuestros libros refieren de qué manera Atenas destruyó un poderoso ejército que, partido del Mar Atlántico, invadía insolentemente la Europa y el Asia. Porque entonces sí se podía atravesar este océano. En efecto, en él se encontraba una isla situada enfrente del estrecho que en vuestra lengua llamais las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que la Libia y el Asia reunidas; los navegantes pasaban de ella á las otras islas, y de éstas al continente que limita á dicho océano, verdaderamente digno de este nombre. Porque todo lo que está más acá del estrecho de que hemos hablado, parece un puerto de angosta entrada, mientras que el resto es

un verdadero mar, así como la tierra que le rodea tiene todos los títulos á ser llamada continente.

"Mas en esta isla Atlántida los reyes habían formado una grande y maravillosa potencia que dominaba á la isla entera, á muchas otras y aun á varias partes de la tierra firme. Además, de este lado del estrecho también eran dueños de la Libia hasta el Egipto, y de la Europa hasta la Tyrrhenia. Pues bien, esta vasta potencia, reuniendo todas sus fuerzas, emprendió un día avasallar de un solo golpe nuestro país, el vuestro y todos los pueblos situados de este lado del estrecho. Y es en estas circunstancias, oh Solón, que vuestra ciudad hizo brillar bajo todos respectos su valor y su poder. Ella sobresalía entre todos los pueblos vecinos por su magnanimidad y por su pericia en el arte de la guerra: á la cabeza de los griegos en un principio, y después sola por la defección de sus aliados, arrostró los mayores peligros, triunfó de los invasores, erigió trofeos, preservó de la esclavitud á los pueblos que aun no estaban sojuzgados, y devolvió la libertad absolutamente á todos los demás situados más acá de las Columnas de Hércules. Pero en los tiempos ulteriores, hubo grandes temblores de tierra é inundaciones, y en un solo día y una sola noche fatal, cuantos guerreros había entre vosotros, se hundieron á la vez en la tierra entreabierta; la isla Atlántida también desapareció bajo el mar, y esta es la razón por qué hoy día no se puede aún recorrer ni explorar este mar, pues la navegación encuentra un obstáculo insuperable en la cantidad de fango que la isla ha dejado al abismarse."

El Relato de Platón, uno de cuyos párrafos más importantes acabo de transcribir, podrá contener algunas inexactitudes, puesto que nos trasmite una tradición que ha pasado de pueblo á pueblo, de idioma á idioma y de una época á otras muy lejanas de la primera, dejando quizá en varias de sus trasmisiones algún error ó confusión que no siempre la crítica alcance á rectificar. Pero, á mi juicio, él debe ser admitido como cierto, si, á pesar de esas dificultades, pueden racionalmente concordarse los hechos de que se ocupa, sin incurrir en contradic-

ciones ó absurdos. Aun en las historias reputadas por más verídicas acontece lo mismo; si ellas lo son en el fondo, á veces adolecen de inexactitud en los detalles.

Desde luego voy á ocuparme de probar la existencia real de la Atlántida en siglos muy remotos; en seguida resolveré las dificultades que parecen contradecirla; y finalmente demostraré que la Ultima Tule se hallaba en dicha isla y debió quedar envuelta en la misma desgracia. Mas al ir á exponer las razones en que me fundo, debo declarar, que algunas son hijas de mi propia observación, y otras, confirmando las primeras, las encuentro en varios escritores que han tratado esta materia por extenso. Conviene también hacer la advertencia de que las fechas que he de citar, caen en tiempos anteriores á la Era Cristiana, y por lo tanto no habrá necesidad de repetirlo en cada caso que se ofrezca.

II

Cómo se fundó el gobierno de la Atlántida.—Etimología de la palabra.—Su conformidad con el jeroglífico de la peregrinación azteca.—Chicomoztoc.

Veamos cómo se fundó el gobierno atlántico. Platón refiere que cuando los dioses se repartieron entre sí el dominio de la tierra, tocó á Neptuno establecerse en la isla mencionada. No debe parecer extraño que los moradores hubiesen querido dignificar su propio origen, haciéndolo descender de un dios del mar, pues marítimo era el país que éste iba á gobernar. En mi sentir, los dioses de la antigüedad no eran, en su mayor parte, otra cosa que hombres extraordinarios elevados á la veneración popular por sus hechos ó cualidades remarcables, superiores á los del común de las gentes. Los antiguos, en su ignorancia, divinizaban á los animales y aun á los objetos inanimados. ¡Qué mucho que lo hiciesen también con los hombres que por algún mérito ú otra circunstancia especial habían excitado su admiración!

En medio de la Atlántida, hacia la orilla del mar, había una inmensa y hermosa llanura, en cuyo centro estaba una montaña muy poco elevada, donde vivía Evenor con su mujer Leucipa y su hija única Clito. Esta era núbil cuando murieron sus padres, y Neptuno la tomó por esposa, fortificó la colina donde ella vivía, aislándola en todo su derredor, construyó recintos circulares de mar y tierra alternativamente, grandes y pequeños, dos de tierra y tres de mar, de modo que todas sus partes se encontrasen á igual distancia del centro. Así hizo inaccesible la isla nueva que había formado en medio de la otra, y la ador-

nó embelleciéndola por los medios que en sus manos ponía su gran poder é inteligencia.

Sucesivamente tuvo de Clito cinco parejas de hijos varones, á cada uno de los cuales dió á gobernar como jefes una parte de la isla entera, aplicando al mayor de la primera pareja la habitación de su madre con toda la comarca de los alrededores, la más vasta y rica del país, y haciéndolo rey sobre todos sus hermanos. Los nombres de las cinco parejas eran: *Atlas* y *Eumele* (en lengua atlántica *Gadir*); *Ampheres* y *Euemon; Mneseo* y *Autochtono; Elasipo* y *Mestor; Azaes* y *Diaprepres.*

Al escuchar estos nombres y los demás de que en la presente narración se hace uso, lo primero que se nota es, que casi todos sean del habla griega, como si griegos fueran los personajes, así como el país y el asunto de que se trataba, en vez de usarse de los indígenas correspondientes. Pero Critias, que habla en el Relato de Platón, previene toda sorpresa diciendo, que los egipcios, primeros autores de él, los habían traducido á su misma lengua, y á su vez Solón, buscando la significación de cada uno, los escribió en la suya, que era la griega.

Así se explica por qué la Atlántida, como hoy la llamamos, aunque conserva su radical de origen, se reviste con el ropaje de los nombres geográficos de la antigua Grecia, terminando con la partícula *ida*, que tanto abundaba en el país de los helenos. Copiosa lista de esos nombres podría citar en comprobación; los cuales, observaré de paso, eran al propio tiempo patronímicos. Por ejemplo, allí tenemos á Dórida, que es el país de los descendientes ó súbditos de Dorus; Elida, de los descendientes del rey Eleo; Lócrida, del rey Locrus; Argólida, país de Argos; Pelasgiótida, de los pelasgos; Fócida, de los focenses; y así otros muchos, como Cólchida, Megárida, Propóntida, Táurida, etc., etc. El nombre de la isla, cuyo primer rey fué Atlas, sufrió la indicada modificación al sernos transmitida su lacónica historia, como ha dicho Critias, pero ese cambio no fué completo y sólo alcanzó á su desinencia ó forma terminal, para aco-

modarlo al eufonismo helénico, dejando siempre entrever con toda claridad su primitiva raíz, como va á verse en seguida.

Es fuera de duda que esta raíz es de filiación nahoa, pues solamente se halla en este idioma, y solamente en él se obtiene su más adecuada significación. Con efecto, Atlántida, según la formación de los nombres griegos de esta especie, viene de *atlatlan*, palabra nahoa compuesta de *atlatl*, reduplicación de *atl*, agua, y de la posposición ubicativa *tlan*, ó bien de *atlan*, síncopa de *atlatlan*, significando ambos "junto á las aguas ó al mar," aunque el segundo no tiene la energía y énfasis que da al primero la reduplicación de una de sus sílabas, según la índole propia del idioma. La significación referida está justificada por la posición que realmente tuvo el sitio encantador en que nacieron Atlas y su imperio.

Pero la etimología y la significación referidas se encuentran, además, perfectamente comprobadas con la interpretación racional y genuina que debe darse al jeroglífico con que principia la narración del viaje de la raza azteca, el cual consta en lo que se llama Tira del Museo, publicado en mi antedicho opúsculo y en otras obras. En él he dicho:

"El punto de partida del viaje se expresa allí por una isla, pues se representa por un espacio rodeado de agua con una pirámide escalonada en medio y tres *calli* ó casas agrupadas á cada lado, signo de población, estando las familias ó tribus figuradas por dichas seis *calli* y por las dos personas, marido y mujer, pintadas al calce de los referidos signos, los cuales hacen otra *calli* ó familia. Esta tiene por nombre el figurado arriba de la pirámide, que es el del país, transmitido á toda la nación y á su jefe, en comprobación de lo cual puede verse el propio signo representando en la persona de éste á dicha familia durante el curso de la narración hierática, hasta que ella cambió de nombre."

"El jeroglífico puesto arriba de la pirámide, que nada autoriza á suponer sea el nombre de una divinidad allí adorada, puesto que no se ve encima de aquélla templo alguno, y menos es

de creer sea el de Huitzilopochtli, como alguien ha querido decir, el cual para quitar dudas aparece en seguida de la isla figurado especialmente por el huitzitzilin ó colibrí que lo representa; ese jeroglífico, repito, sólo contiene el nombre de la nación ó raza que se rodea de la pirámide aludida, como se va á ver acto continuo. El está compuesto del signo *atl*, agua, y de otro adjunto, que todo podrá ser menos el de *acatl*, caña, como se ha pretendido también, si no es que se tomen arbitrariamente del signo *atl* las ondas que figuran el agua para construir las hojas del *acatl*. El signo que se acompaña al del agua no es otro que el de *atlatl*, una arma arrojadiza, especie de dardo, que junto con el primero da fonéticamente el nombre del país, pues formado *atlatlatl* de la manera expresada, y poniendo *n* en lugar de la última *tl*, para integrar la posposición ubicativa *tlan*, queda *Atlatlan*, lugar de origen de los *atlatecas*, ó bien *aztatecas*, como son llamados en ciertos anales antiguos."

Con el transcurso de numerosísimos años, *Atlatlan*, poco eufónico y con un significado cuyo origen ya no era bien comprensible, se fué cambiando en *Aztatlan* y en *Aztlan*, nombres de una significación más común y de más fácil pronunciación, que es la tendencia de todos los idiomas en sus transformaciones seculares. Y tan es cierto el cambio de que hago mérito, que á pesar de que estos últimos, esto es, *Aztatlan* y *Aztlan*, significan propiamente lugar de garzas, nunca se ha visto una garza figurar en los jeroglíficos en que se halla consignado el comienzo de la peregrinación azteca, y sólo se advierten los signos del primero, esto es, de *Atlatlan*.

Según he dicho al principio, yo no había leído á Platón cuando en mi opúsculo "Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa" emití por primera vez mi opinión acerca de la procedencia y significado del nombre de la famosa isla, tal como acabo de manifestar. Pero después que en la parte concerniente de dicha obra he hallado que el primer rey atlántico fué *Atlas*, siento por esta circunstancia más robustecidas mis convicciones en el sentido expresado, pues encuentro que

las radicales de *Atlan* y *Atlas* son con toda evidencia idénticas, y sus terminaciones sólo vienen á diferenciarse, en el uno para indicar una población ó una comarca, y en el otro para mencionar el sujeto que de ella recibió su nombre y la gobernó desde sus primeros tiempos. La Atlántida, pues, en griego, y Atlatlan, Aztatlan ó Aztlan en nahoa ó azteca, son una misma cosa, esto es, el país del rey Atlas, la isla sumergida que en un tiempo feliz brilló por su esplendor y gloria.

Aquí viene á propósito la cuestión sobre si el Chicomoztoc ó las Siete Cuevas, de donde también se decían oriundos los aztecas, se hallaba situado en Aztlan, constituyendo ambos una misma comarca. Pero yo hallo que esta confusión es racionalmente imposible. Porque en Aztlan, como he indicado, había diez estirpes, procedentes de los diez jefes, hijos del fundador del imperio y encargados del gobierno de las diez provincias en que éste fué dividido; mientras que en Chicomoztoc sólo se habla de siete estirpes, razas ó familias. Además, en mi opúsculo antes referido, he creído haber demostrado que el lugar de las siete cuevas no ha existido geográficamente en ninguna parte, no debiendo tenerse más que como el significado de la organización septenaria que afectaba darse siempre la dicha raza. Así es que el Chicomoztoc bien pudo estar en Atlatlan, donde se salvaron de la inundación siete individnos, familias ó pueblos; en el Gila, asiento de siete ciudades donde vivieron por mucho tiempo los peregrinantes; en el camino que siguieron los toltecas, de la misma raza, por Sonora y Sinaloa en número de siete agrupaciones; en la demarcación de Culiacán, de donde salieron para continuar su viaje siete tribus nahoas, siendo aquí, en la costa del Golfo de California, donde con más insistencia se sitúa su ubicación.

III

Extensión é influjo del imperio atlántico.—Huellas geográficas y lingüísticas en Europa. -Huellas geográficas y lingüísticas en América.

El influjo y la extensión del imperio atlántico debieron ser inmensos. El Relato expresa que su poder no se ceñía al territorio ya bien dilatado de la isla, sino que abarcaba los de otras muchas, y aun algunas partes del continente que hoy llamamos americano. También dominaba numerosos territorios por el lado opuesto y era dueño del África hasta lindar con el Egipto, y de la Europa hasta ocupar la Tyrrhenia (Italia). Consecuencia necesaria de este dominio debió ser, que se implantase en las naciones conquistadas el idioma atlántico, y así fué en efecto, aunque sus huellas no son ya tan numerosas en aquellas comarcas en que han debido ser borradas por nuevas invasiones de diferentes razas, lo que sucedió principalmente en Europa.

Entre las huellas geográficas, lingüísticas y etnográficas que los atlantes dejaron en el Viejo Mundo, encuentro las siguientes:

El Atlas, nombre de la elevadísima montaña al Noroeste de Africa, que daba frente á la isla conquistadora, se ve como el más conspicuo de esos restos, y la enorme mole no tanto semeja á un gigante que sustenta con su cabeza la bóveda del cielo, según la leyenda, cuanto representa el altísimo poder del gran rey de quien le vino su propia denominación. El Atlántico, en cuyo seno duerme escondida la que fué señora de los pueblos bañados por sus olas, es otra reliquia geográfica, cuya etimología no se explica sino por la transmisión del nombre de la isla sumergida.

Cádiz, en la costa occidental de España, no fué una ciudad fundada por los fenicios en 1,100, como han dicho algunos escritores, sino reconstruida en esa época, después de haber sido sitiada y tomada por ellos, según Vitruvio citado por Jubainville en su obra "Les premiers habitants de l' Europe." Sus principios no aparecen en la historia y deben por esto haber sido remotísimos; pero su nombre acusa un origen completamente atlántico, pues primero fué conocida con el de *Gadir*, que era el de uno de los diez hijos de Neptuno, á quien tocó gobernar la extremidad de la Atlántida hacia las Columnas de Hércules, según el Relato de Platón. Este nombre se convirtió en Gadeira por los griegos, Gades por los romanos, y en Cádiz por los españoles en la actualidad.

El vascuense es un idioma primitivo, que tanto se habla en ciertas provincias del Norte de España, como del Sur de Francia. La filología no le conoce afinidades con las lenguas europeas, sino con las americanas, especialmente con el nahoa, originario de la Atlántida, y no precisamente por la semejanza en las palabras, que se alteran más ó menos prontamente, sino por su fisonomía ó armazón gramatical, que es más duradero. El mismo pueblo vasco, resto de los iberos que poblaron en cierta época el Sur de Europa y representan la invasión atlántica hasta la Tyrrhenia, no tienen un origen común con los demás pueblos de ese continente, y reclama una procedencia totalmente diversa, que no puede ser otra que la del país hundido en el océano.

En la Guyena, provincia de la Francia meridional, "ni el origen de sus habitantes, dice Gregoire, ni su posición geográfica, ni su historia, permiten la confusión de estos franceses con los franceses del Norte." En Gascuña, "sus habitantes son más de origen ibero que de origen galo. Hacia el siglo VI fundaron allí los vascos el ducado de Vasconia, que fué más tarde Gascuña." Los habitantes del Bearn y la Navarra francesa hablan el vascuense como sus vecinos del otro lado de los Pirineos.

Muchísimos nombres geográficos terminados en *c* hay en el

Sur de Francia, que también fué asiento de la inmigración atlántica; yo he contado más de cincuenta. Esa terminación ubicativa es característica del idioma azteca ó atlateca, cuyo origen ya se ha dicho.

Entre los vascos, la numeración consiste en la combinación nahoa del 4 y del 20; y entre los franceses aún queda un residuo de esta manera de contar desde el 60 hasta el 100.

Por el lado de América tienen un realce especial y más visible esos rastros, estampados no sólo por las invasiones de los atlantes á que se refiere Platón, sino también por sus inmigraciones á los países de Occidente en México y Centro-América, cuyo recuerdo se conserva en antiquísimas tradiciones. Pero de estos vestigios, ningunos son más numerosos, más interesantes, ni más congruentes á nuestra demostración, que los que nos ha dejado la última y más reciente de esas inmigraciones, datando de la época en que la que hoy se llama raza azteca, se salvó de la inundación sufrida por su patria primitiva, peregrinando después por varias regiones del Norte en esta parte del mundo, y viniendo á fundar por fin hacia el Sur, en tierras de Anáhuac, los imperios entonces más poderosos, según refiere la historia.

Tanto en la República Mexicana como en la América Central, y donde quiera que ha sentado su planta esa estirpe, abundan los nombres geográficos *Atla* ó *Atlan*, así sencillamente, ó compuestos con otra posposición ó nombre, pero significando todos "cerca del agua ó mar," como el *Atlatlan* de los aztecas y la *Atlántida* de los griegos, pues *atl*, que es la raíz, tiene un sentido genérico, aplicable al mar, al río, al pozo de agua, etc., según las circunstancias de los lugares de que se trate. Tales son, por ejemplo: *Atlapan*, sobre el agua; *Atlapanco*, canal de agua; *Atlaco*, en el arroyo; *Atlacomulco*, en el pozo; *Atlatengo*, á orillas del agua; *Atlamajac*, confluencia de aguas, junta de ríos; *Atlamica*, agua muerta; *Atlacholoayan*, donde chorrea el agua; *Altata* [*Atlatlan*], cerca del agua. Pueden citarse muchisímos

más, y aun otros cuya radical, alterada por el uso, es sin embargo idéntica á la expresada.

Es notorio que en Europa abundan menos los nombres de lugar que revelan dicha procedencia, y la causa se comprende fácilmente. Allí existió en tiempos mucho más remotos la dominación de los isleños, que sucesivamente después han sido reemplazados por otros pueblos en la posesión del terreno, borrándose con ésto los recuerdos etnográficos precedentes. Pero en México, la última raza, la azteca, esto es, la atlántica, la que se desprendió de la isla al hundirse, la que peregrinó por el Norte de América sin hallar allí la tierra que su dios le había prometido, la que por fin pobló hacia el Sur en el Anáhuac y otras regiones, esa raza es la que ha debido dejar y ha dejado en los nombres de sus pueblos muchas imitaciones de el del lugar de su origen, muchos recuerdos de su antigua patria en el Oriente en medio del océano.

IV

Tradiciones sobre la existencia de la Atlántida.

La existencia del país atlántico fué el asunto de una tradición constante en los pueblos de la antigüedad. Ya Homero, que vivió más de cien años antes de la comunicación de Solón con los sacerdotes de Sais, "colocaba en el océano, y fuera de los límites de la tierra, un país afortunado llamado el Elísio, en el que no se conocían las tempestades ni el invierno, en el que murmura siempre un dulce céfiro y en el que los elegidos de Júpiter, arrancados á la suerte común de los mortales, gozan de una felicidad eterna;" (Malte Brun, *Precis de la geographie universelle.*) El mismo poeta, citado por Estrabon, decía en la Odisea, IV, 563: "En cuanto á vos, oh Menelao, los inmortales os conducirán á los campos elísios, *á los límites mismos de la tierra.*" Al Elísio sucedieron en la leyenda muchas Islas Afortunadas, cuya situación no se acertaba á fijar, pues era colocada caprichosamente, ya en las Canarias, ya en las Azores, ó en otras partes del Océano Atlántico, pero cuya existencia tampoco llegó á ponerse en duda: esas islas, como el Elísio de Homero, convenían con la descripción de la Atlántida en el Relato de los sacerdotes de Sais, tocante á la felicidad de que en ellas se disfrutaba.

Píndaro, que vivió por el año de 500, se refiere también á ellas. Olimp. II. 127.

Virgilio colocaba en Occidente el Olimpo de los dioses, como Homero la mansión de los hombres felices, simbolizándose con

estas denominaciones una tierra afortunada, tal como se ha dicho siempre que era la Atlántida; pues cuando en el libro 4º de la Eneida hace á Mercurio llevar un mensaje de Júpiter para Eneas en Cartago, dice que cruzando mares y tierras lo primero que divisó fué la cumbre del monte Atlas, y de allí continuó su viaje aéreo hasta su destino, que estaba más hacia el Oriente.

"Aristóteles (copio el texto de Brasseur de Bourbourg en la Introducción al Libro Sagrado de los quichés), no solamente entrevé que la tierra habitable es muy extensa en longitud, sino que da además la descripción de una región trasatlántica, situada al lado opuesto á las Columnas de Hércules, fértil, abundantemente regada y cubierta de bosques, que había sido encontrada por los cartagineses." Como se ve, el estagirita cuelga á los cartagineses este honor, que sólo corresponde á los fenicios sus progenitores; pero de todos modos, él da un testimonio terminante de la existencia de esa región trasatlántica, que ya desde mucho tiempo antes se había perdido en los abismos del mar.

En las pequeñas Panateneas, fiestas que eran celebradas en la antigua Atenas en honor de Minerva, se llevaba en procesión un manto de la diosa recordando su protección en la guerra que los atenienses habían sostenido contra los atlantes; (Boeckh, citado por Donnelly en su *Atlantis*, pág. 91.)

Teopompo, autor que escribió en el siglo IV, algo posterior á Platón, nos cuenta los detalles de una entrevista entre Sileno y Midas, rey de Frigia, en la que el primero refiere la existencia de un gran continente distinto de los de Europa, Asia y Africa, poblado de muchas y grandes ciudades, donde el oro, por su abundancia, se estimaba menos que el fierro, y cuyos habitantes, atravesando el océano, arribaron al país de los hiperbóreos, sin pasar más adelante. Los hiperbóreos moraban en la región en que la raza céltica dominaba en el siglo IV: un autor del citado siglo, contemporáneo de Teopompo, llamaba así á los galos que se apoderaron de Roma y que en efecto eran entonces los más retirados hacia el Norte, según los conocimientos geográfi-

cos de la época. También eran colocados al Oeste, debido quizá á su origen en la región atlántica, de donde habían pasado al Sur de la Galia. De lo expuesto se infiere que aparte de la introducción de los atlantes á España por Gadir ó Cádiz, hubo otra más al Norte por las costas de la Galia meridional, que fué la que allí se detuvo.

El historiador Timágenes, que vivió pocos años antes de la Era Vulgar, recogió de los sacerdotes druidas la tradición de haber llegado á la Galia inmigrantes de unas islas lejanas, arrojados de su patria por las invasiones de un mar irritado.

Marcelo, en una obra sobre los etiopes, habla de siete islas en el Grande Océano, que por su número es de suponer que sean las Canarias, y refiere que allí se conservaba el recuerdo de otra isla mucho más grande, que había dominado por mucho tiempo sobre las demás de aquel mar.

Plinio (l. 3, c. 5, n. 6) dice que en la Galia Narbonense habitaban los *cambolectres*, llamados también *atlánticos*, quizá por su origen. Y un poco más adelante (l. 6, c. 31) se expresa así más claramente: *Traditur alia insula contra montem Atlantem et quae Atlantis appellata*, "se habla de otra isla situada frente al monte Atlas y que se llama Atlántida."

"Pomponio Mela, *De situ orbis*, dice el Sr. Orozco y Berra, representa la tierra dividida en dos continentes, uno de los cuales abraza la Europa, la Asia y la Africa, mientras el otro encierra á los Antichthones, prolongándose hacia los antípodas. La misma forma daba al mundo Marco Polo en la Edad Media. Todas éstas nos parecen reminiscencias de un mundo que se pierde en el pasado, recuerdo vago de una idea que se borra más y más." Nótese que la prolongación hacia los antípodas sería aquí de Oriente á Poniente, situación que se atribuye á la Atlántida, y que no puede confundirse con la de América que es de Norte á Sur.

Horacio, ya en los tiempos del Cristianismo, en su oda 34, que comienza "Parcus deorum cultor" dice:

Plerumque per purum tonantes
Egit equos, volucremque currum

Quo bruta tellus, et vaga flumina,
Quo Styx, et invisi horrida Taenari
Sedes, *Atlanteusque finis.*

"Y á menudo lleva por el campo los estrepitosos caballos, y el rápido carro, con que se estremecen la inmóvil tierra, los instables ríos, la Estigia y el hórrido asiento del tenebroso infierno, así como el *confín atlántico.*"

Muy sabida es la leyenda del Jardín de las Hespérides en el extremo Oeste, con sus manzanas de oro, emblema de las riquezas del suelo donde se producían.

Omito, por no ser tan difuso, muchísimos otros testimonios de la existencia de ese país rico y feliz, que estuvo en remotísima antigüedad asentado en medio del Grande Océano y que hoy no aparece, quedando solamente su recuerdo para comprobar una de las conmociones más tremendas de la naturaleza.

V

La Atlántida más grande que el Asia y la Libia.—En qué sentido debe entenderse este concepto.—Confírmase por los fenómenos geológicos y físicos observados.—Extensión calculada de la isla.

Llega la ocasión de explicar y resolver algunas dificultades con que suele tropezarse para conceder todo crédito al verídico Relato de Platón, y sea la primera: que la Atlántida era más grande que la Libia y el Asia reunidas, según decían los sacerdotes de Sais.

Ciertamente se incurriría en un crasísimo error sosteniendo esa proposición en la época actual. Es una verdad común y rudimentaria, que ni el Asia, el más grande de los continentes, ni el Africa, que en un principio era la Libia, aun consideradas separadamente, pueden ser inferiores en magnitud á una isla. Pero aquel concepto no debe ser calificado conforme á los conocimientos geográficos de hoy, sino según los del tiempo en que fué emitido, y en ese tiempo nada tenía de exagerado, ni envolvía un contrasentido, como ahora á primera vista parece. En la época á que se refiere esta historia, sólo eran conocidos los países situados á orillas del Mar Mediterráneo y un poco más al interior de los mismos. Allí fué la cuna de la civilización incipiente del Viejo Mundo, y fuera de allí todo se hallaba envuelto en la barbarie y en una obscuridad casi impenetrable á las investigaciones de la ilustración. Entonces la Libia no era toda el Africa, sino sólo la región comprendida entre el Egipto y el Atlántico, esto es, la zona septentrional del territorio africano, adyacente á la costa de aquel mar, sin la extensa parte correspondiente

al Egipto. Y por Asia se entendía antonomásicamente el Asia Menor y otros territorios, que á lo más avanzarían hasta el Caspio. Tan cierta es esa limitación de conocimientos geográficos en tiempo de Solón, que aun Herodoto, que vivió cerca de dos siglos después, cuando esos países debieron estar algo más explorados, afirmaba (l. 4, pár. 42) que la Europa tenia casi la longitud de la Libia y del Asia reunidas. Esto demuestra que el Asia y la Libia tenían una extensión bien corta, relativamente á la que ahora se les concede con exactitud, y que la Atlántida, llamada por Amiano Marcelino *insula orbe spatiosior*, la isla más grande del orbe, bien pudo en vida sostener la comparación con ellas sin absurdo.

El Mar de Sargazo comprueba también la existencia de la isla, y al fin nos servirá para calcular la extensión de ésta. Su nombre le viene del sargazo ó alga marina que cubre un vasto espacio en el Atlántico. Platón, en Timeo, hablando de la invasión de los habitantes de la misma al continente europeo, refirió que en ese tiempo todavía se podía atravesar dicho Océano. Y en Critias indica que la isla, después de su hundimiento, sólo era un depósito de barro que servía de obstáculo á los navegantes y no permitía atravesar esta parte de los mares.

El sabio mexicano Don Manuel Orozco y Berra, en su Historia Antigua de México, tomo II, pág. 467, cita varios autores que tratan este punto, diciendo: "Scylax de Caryandie, contemporáneo de Dario I, habla de ello en su periplo: *No se puede navegar más allá de Cerné, porque el vaso está embarazado por el limo y las yerbas.* Aristóteles sabía la dificultad que para navegar se notaba en aquellos parajes, y la señala en su Tratado de Meteorología. Teofrasto, en su Historia de las plantas, habla también de los sargazos, cuya fuerza y tamaño admira: *La alga*, dice, *crece en el mar más allá de las Columnas de Hércules, y á lo que parece, alcanza proporciones gigantescas, así en lo grueso como en el tamaño.* Avieno, en fin, en su traducción del periplo de Himilcon, menciona el Mar de Sargazo: *Encima de las olas se levantan numerosas algas, que con su estrechamiento forman mil*

obstáculos. Ningún soplo impele la nave; las ondas permanecen inmóviles y perezosas. Las algas están sembradas en gran cantidad en el abismo, y frecuentemente detienen la marcha de las naves, á las que retienen como los juncos."

Cristóbal Colón, en su célebre viaje por el Atlántico para venir á descubrir la América, llegó á la región de los vientos periódicos, cuya suavidad, dice un autor, encantó su alma impresionable, encontrándola comparable á la de las frescas mañanas de Andalucía, pero, en mi sentir, evoca también el recuerdo legendario del clima apacible que se atribuía á la isla que existió en esos sitios; y luego se vió rodeado de enormes montones de yerbas flotantes, jardin fúnebre sobre la tumba que el mar le abrió en sus abismos.

De lo expuesto se desprende, que el Mar de Sargazo es un hecho geológico comprobado. Era muy posible que la isla, siendo de piso muy alto, según el Relato, fuese reemplazada en su hundimiento por un mar de poco fondo, ofreciendo obstáculos para la navegación, y esa posibilidad fué también otro hecho. Siendo la tierra generalmente limosa y fértil, era seguro que luego se vería cubierta con la vegetación propia de los mares; y así sucedió, pues las algas brotaron lozanas y crecieron vigorosas por sobre las aguas. Y como era inevitable que el continuo vaivén y sacudimiento de las olas en el largo transcurso de los años fuese desleyendo y dispersando al fin ese limo ó lodo superficial, así ha sucedido también, quedando franca la navegación, exenta ya de los embarazos que antes la estorbaban. Todos estos fenómenos físicos tienden á unir la existencia de la Atlántida con la del Mar de Sargazo, que está donde ella estaba.

Ahora, la extensión del uno nos va á proporcionar los elementos necesarios para calcular aproximadamente la de la otra. Leo en Gaffarel (Compte-rendu au Congres International des Americanistes), citado por el mismo Sr. Orozco y Berra, que el Mar de Sargazo comienza á la altura de las Azores, extendiéndose casi hasta las Antillas. La situación que guarda es, por lo

tanto, de Oriente á Poniente. Su extremo occidental vendrá á quedar enfrente de la Florida y al Norte de Haití. Pues bien, de las Azores al meridiano de Haití, hay poco más ó menos 40 grados, esto es, 800 leguas, extensión longitudinal del Mar de Sargazo, la misma que puede darse á la isla en la posición indicada. Asimismo, leo en la Historia de la Geografía por M. Vivien de Saint Martin, quien cita á Aristóteles, que los fenicios, en sus expediciones marítimas, fueron una vez arrojados por los vientos del Este hasta los bancos de algas, cuyos inmensos depósitos cubren el Atlántico entre los paralelos 20 y 40 de latitud á partir del meridiano de las Azores, concepto que da á conocer la anchura probable de la isla, cosa de 400 leguas, á lo menos en su lado oriental, cuyo extremo Norte debería mirar á la Iberia hacia el Este, y el extremo Sur á las islas del Cabo Verde hacia este propio rumbo. La área que resulta de estas dimensiones, permite comparar la Atlántida con la Australia en magnitud, aunque no en la figura, y hace muy verosímil y absolutamente exento de absurdo el aserto de los sacerdotes egipcios que la consideraban más grande que el Asia y la Libia reunidas, tales como éstas eran conocidas en los tiempos antiguos.

VI

Dos islas en una.—Su extraordinaria fertilidad.—Naturales.—El salvamento en la isla central.

Se ha dicho ya, que los sacerdotes egipcios consideraban la Atlántida tan grande como la Libia y el Asia unidas, y que ella tendría aproximadamente 800 leguas de largo y 400 de ancho por término medio. Sin embargo, en algunos lugares del Relato de Platón se dan á la isla 3.000 estadios de lo uno y 2.000 de lo otro, que equivalen á 155 y á 83 leguas respectivamente. Estas enormes diferencias parecerían inexplicables, si no fuera porque allí mismo se expresa, que dentro de la grande isla y en su parte media, arrimada al mar por el lado del Sur, los reyes atlánticos habían formado artificialmente, de una grande y hermosa llanura, otra isla, á la que se refería con toda claridad el Relato al señalarle la extensión últimamente mencionada.

La metrópoli, situada en esta isla interior, estaba rodeada de varios recintos concéntricos y alternados de tierra y agua, alimentados estos últimos por la del mar, formando no sólo un puerto seguro, sino una defensa al rededor de la ciudad. Pero en torno de toda la llanura, que era cuadrilonga, abrieron un canal, con la profundidad de 100 pies, la anchura de 200 metros (un estadio) y no menos de 417 leguas (10,000 estadios) de circuito. Este canal recibía las aguas que se precipitaban de las montañas, que en la misma forma limitaban el extenso valle, y después de tocar en la ciudad, se desaguaba en el mar, formando así la isla central referida, verdadera maravilla de arte y de poder. Obras tan grandiosas no son increíbles para los tiempos

antiguos, como no lo fueron la torre de Babel, las pirámides de Egipto, los jardines de Semíramis, la muralla de China de 500 leguas, etc.

Esa isla, además, estaba cruzada por multitud de acequias para el riego, hecho que acredita la suma fertilidad que se le atribuye.

Tenía la forma de un cuadrilongo recto y alargado, según el Relato, y esta misma es cabalmente la que tiene también la isla figurada en el primer signo del jeroglífico del Museo. ¿Procederá de esta circunstancia la denominación de nahuatlacas ó nahoas que suele darse á los aztecas? Para creer verosímil esta etimología, que no encuentro explicada más que en el opúsculo que he dicho que publiqué, y que ahora confirmo con mejores datos, me fundo en que el nombre gentilicio *nahuatlacatl* ó *nahuatl* produce el geográfico *nahuatitlan* ó *nahuatlan*, que se compone de *nahui*, cuatro, *atl*, agua, y de la posposición de lugar *tlan*, significando "entre cuatro aguas." Pues bien, esta significación es exacta, ya sea que se refiera á la isla interior rodeada de agua por sus cuatro lados, ya á la grande circuida por el mar y que debía afectar una figura semejante, según sus dimensiones anteriormente expresadas.

Nótese asimismo, que el jeroglífico contiene el signo de la Atlántida sobre el edificio central de la isla cuadrilonga, lo que hace presumir que el salvamento á la hora de la desgracia favoreció á gentes que habitaban esa parte del país. Y es natural suponerlo así, pues allí estaba el puerto principal, y allí deberían abundar las embarcaciones de toda especie y las probabilidades de salvarse en algunas de ellas. Esta suerte cupo á aquellos individuos de la raza azteca que arribaron á tierra de América y peregrinaron después hasta llegar á México.

VII

¿Por qué entre los egipcios se conservó la memoria de los sucesos de la Atlántida, y no entre los griegos?

Leyendo el Relato de Platón, desde luego ocurre preguntar, ¿por qué los egipcios, y no los griegos, fueron los que conservaron el recuerdo de los sucesos en él contenidos, siendo así que los griegos, y no los egipcios, fueron los verdaderos protagonistas, representando en ellos un papel interesante? La respuesta es sencilla y ha sido indicada en el mismo Relato. Esos sucesos extraordinarios que habían sido realizados por Atenas, cayeron en el olvido por la gran destrucción de gentes en las calamidades que les subsiguieron y por la enorme distancia de los tiempos transcurridos. Timeo, hablando de esas calamidades, dice que los griegos sólo recordaban un diluvio, siendo así que ya habían sufrido otros varios; y Critias menciona una inundación habida en Atenas en medio de temblores de tierra, que dice haber sido la tercera antes del diluvio llamado de Deucalión. Ahora bien, este último tuvo lugar el año de 1500 antes de la Era Cristiana, reinando Cranao en dicha ciudad; el anterior en 1748, reinando Ogiges en Beocia y Atica, el cual se tiene como uno de los primeros hechos ciertos de la historia griega (Diccionario de Moreri, palabra Atenas); el tercero (retrocediendo), á que se refiere Critias, ¿en qué época ocurriría? No he podido averiguarlo, y quizá haya sido el que coincidió con la desaparición de la Atlántida, sin haber dejado supervivientes, pues, según va dicho, en un sólo día y en una sola noche fatal, cuan-

tos guerreros había en Atenas se hundieron á la vez en la tierra entreabierta.

En esos desastres, continúa el Relato, los habitantes de las montañas son los que han escapado del azote, y siendo gentes sin letras y sin cultura, apenas pudieron conservar el recuerdo de los nombres de los dominadores del país, sin saber nada de sus altos hechos. Por otra parte, hallándose, durante muchas generaciones, ocupados en procurarse los medios de subsistencia más indispensables, no podían interesarse en conservar memorias de la antigüedad.. Está probado que el cultivo de las ciencias y la investigación de los hechos históricos sólo florecen con la holgura y la comodidad, cuando cierto número de ciudadanos tiene lo suficiente para vivir, sin preocuparse por la necesidad del trabajo para la propia conservación. Por esta causa, dice, se mantiene vivo el nombre de los antiguos héroes, pero el recuerdo de sus acciones ha perecido en la ruina de sus sucesores, citándose en comprobación los nombres de Cecrops, Erechteo, Erichtonio, Erysichton y otros anteriores á Teseo.

No ha sucedido así en Egipto, jamás combatido por esos cataclismos destructores. Allí los sacerdotes eran los depositarios de las ciencias y de las tradiciones de la antigüedad, y sus templos pudierón llamarse propiamente el archivo del género humano, pues en ellos se conservaban por escrito cuantos sucesos grandes ó notables ocurrían en el propio país, ó en cualquiera otro de ellos conocido. Así es que no parece inadmisible la explicación de Platón en el punto indicado; y así también se comprende que la memoria de la Atlántida se haya conservado, en las crónicas de uno de los más antiguos pueblos de la tierra, más viva que en los recuerdos vagos y en las tradiciones más ó menos congruentes de otras naciones.

VIII

Epoca de los sucesos de la Atlántida.—Cómo deben computarse los 9,000 años de Platón.—Acontecimientos concordantes.

Según contaron los sacerdotes de Sais, nueve mil años habían ya transcurrido desde la guerra entre los pueblos situados al Este y al Oeste de las Columnas de Hércules, esto es, entre los que se asentaban á orillas del Mediterráneo y los que vivían en las islas del Océano Atlántico.

Algunos autores han tomado la cifra citada tal como suena, y han pretendido por ende calificar el Relato como fabuloso. Por una parte, no advierten que la expresión de esa cifra en números redondos induce á suponer, como es costumbre hacerlo, que se trata de una cantidad algo indeterminada, con la calidad subentendida de *poco más ó menos*. Por otra, no recuerdan quizá, que los egipcios contaban sus años primeramente por meses, y después sucesivamente por períodos más largos de dos, tres, cuatro y seis, entendiéndose por meses las revoluciones lunares; cronología que multiplicaba extraordinariamente el número de los años. Plutarco, en Numa, nos refiere que dicho pueblo tuvo en un principio años de un mes, y en seguida de cuatro. Macrobio en sus Saturnales, citado por él, refiere que el año de los arcadios era de cuatro meses, el de los acarnanios de seis y el de los egipcios tal como he dicho anteriormente. Diódoro de Sicilia (lib. 1º, pár. 26) expresa también que los años de los antiguos egipcios fueron lo que hoy los meses, en seguida de tres, y luego de cuatro como los de los pueblos de Arcadia, ó de seis como en Acarnania, y añade que los sacer-

dotes contaban 23,000 años desde el reinado de Helios hasta la invasión de Alejandro en Asia, que los dioses más antiguos habían reinado cada uno 1,200 años y sus descendientes no menos de 300; lo que él explica contando para los primeros los años por revoluciones lunares, y para los segundos por períodos de cuatro meses ó por cada una de las tres estaciones de primavera, estío é invierno.

Los hebreos, vecinos de los egipcios y también residentes en el propio Egipto durante mucho tiempo por causa de servidumbre; debieron usar de la propia cronología que sus vecinos y dominadores, y á esta circunstancia deben atribuirse las edades exageradamente avanzadas y después progresivamente disminuidas que se imputan á los patriarcas de los primeros tiempos bíblicos.

Siendo esto así, es evidente que los 9,000 años antes referidos no deben computarse como los nuestros solares, y que para adquirir alguna idea del transcurso de ese tiempo, es preciso hacer la reducción correspondiente. Yo no tengo ningun dato para determinar cuánto tiempo duró cada uno de los expresados métodos de computar el año egipcio, por cuya causa la reducción que voy á indicar, no puede ser sino aproximada. Sólo puedo conjeturar con algún fundamento, que esos métodos no deben haber continuado observándose mucho más acá del año de 747 antes del nacimiento de Jesucristo, puesto que en esta fecha comenzó ya la Era de Nabonasar, llamada también Año Caldaico y Año Egipcio, constante de doce meses, de treinta días cada uno, con cinco adicionales al fin. Solón, nacido en 639 y muerto en 559, viajó por Egipto en tiempo de Amasis, que comenzó á reinar en 569. Era preciso, según esto, que el sabio ateniense hubiera escuchado la relación de los sacerdotes de Sais, á más tardar en el año citado de 559. Ahora bien, si la distancia de 559 á 747, que es de 188, período de años egipcios que ya fueron de doce meses, la deducimos de 9,000, tendremos por residuo 8,812, que es de años de menor duración; cuyo valor en años solares debemos ahora calcular.

Como he dicho, no hay base firme de donde partir para hacer una reducción exacta; pero habiendo sido 5 los períodos de años, de diferente duración cada uno de éstos, pues eran respectivamente de 1, 2, 3, 4 y 6 meses lunares, y suponiendo que esos 5 períodos hayan sido, unos con otros, iguales en tiempo, aunque no en la manera de computarlo, resultará de lo dicho, que si es z el número de años de á mes, el número de los de á dos será $\frac{z}{2}$, el de los de á tres $\frac{z}{3}$, el de los de á cuatro $\frac{z}{4}$, el de los de á seis $\frac{z}{6}$, y la suma de todos igual á 9,000, quedando planteada la ecuación de esta manera:

$$z + \frac{z}{2} + \frac{z}{3} + \frac{z}{4} + \frac{z}{6} = 9{,}000$$

Sumando los términos del primer miembro, tendremos

$$\frac{9\,z}{4} = 9{,}000$$

y despejando,

$$z = 4{,}000.$$

Se ve, pues, que el período de años de á mes es igual á 4,000, los que divididos por 12.031, que es la relación en que se halla el año de doce lunaciones con el solar, dan 332 años solares de los nuestros. Y como dijimos que los 5 períodos debían ser unos con otros iguales en tiempo, multiplicando 332 por 5 y añadiendo al producto la cantidad de 747 de la Era de Nabonasar, la suma expresará 2,407, total de años antes de Jesucristo en que probablemente tuvieron lugar los sucesos de la Atlántida expresados en el Relato.

Si los 9,000 años se estimaban en períodos lunares ó estacionales entre los egipcios, y por esto parecían un espacio de tiempo exagerado comparándolos con los períodos solares, no sucede lo mismo con los que acabo de sacar del cálculo, los cuales no pugnan, sino que se avienen perfectamente, con la cronología de otros sucesos históricos relacionados con el que nos ocupa. Así, por ejemplo, hacia el año de 2,500 había ya pe-

netrado á Grecia la raza pelásgica, procedente del Asia, que se dice haber sido la que después sostuvo el choque de la invasión atlántica; y si este choque era posible en el año citado de 2407, no lo hubiera sido, si *desde antes* hubiera perecido el invasor en el inmenso desastre de su patria. Tiro, según Herodoto, había sido fundada en 2,750, Sidon ya le había precedido en edad y en esplendor; y sería también un anacronismo imperdonable suponer que las naves de esas dos famosas ciudades fenicias pudieron arribar á las costas atlánticas, y sus tripulantes dar fe de la civilización adelantada de sus moradores, de su clima feliz, de su gobierno admirable, cuando esas costas habían sido ya barridas por la inundación. El diluvio bíblico acaeció en 2,379 antes de Jesucristo, casi al mismo tiempo que el atlántico, esto es, con sólo 28 años de diferencia, la cual puede despreciarse en virtud de la vagedad con que este último ha sido calculado. ¿Serán uno mismo ambos diluvios? ¿Constituirán el tercero, en orden inverso, sufrido por Atenas, según refieren los sacerdotes egipcios? No me atrevo á resolverlo, pero la aproximación de las citadas fechas es sorprendente.

Al mismo tiempo es evidente que los cartagineses, cuya ciudad fué fundada en 882, no pudieron haber visitado, como algunos aseguran, la isla ya sumergida. Si alguna noticia tuvieron de ella, pudieron recibirla solamente de sus progenitores los fenicios. Así es que me parece una vulgaridad la aseveración que suele leerse en algunos autores, que el Senado cartaginés prohibió á sus marinos, bajo pena de muerte, ir á esas regiones, reservándolas para asiento de su república en caso de un desastre irreparable. Cuando ese desastre vino, siendo arruinada la ciudad en 146 por las armas romanas, nadie se acordó del asilo premeditado.

Festo Avieno dice, refiriéndose á la relación que Himilcon había hecho de los mares occidentales: que más allá de las columnas de Hércules, al Oeste de Europa, empieza un dilatado mar, ó sea el océano, que se extiende hacia ilimitados horizontes: que nadie ha podido surcar esas ignotas aguas, nadie ha

dirigido allí sus buques, cuya popa no besaría nunca un viento propicio y cuyas velas no se verían jamás por él hinchadas. Pues bien, si la isla hubiera sido ya conocida de los cartagineses, el Senado no hubiera ordenado hacer la exploración de esos mares, ni esa exploración, confiada á Himilcon, hubiera tenido el resultado que dió, y fué encontrar el vacío precisamente donde la isla debió haber sido hallada.

Decían también los sacerdotos de Sais, que su ciudad había sido fundada hacía 8,000 años, y Atenas 1,000 antes que ella, lo que daba á ésta una edad de 9,000, la misma que se fijaba á la ruina de la Atlántida. Es decir, este país moría al propio tiempo que aquella ciudad se edificaba. Esto, al parecer, envuelve una contradicción, porque se ha dicho que Atenas había derrotado á los invasores atlánticos, lo que no podía ser si ella aún no existía antes de la destrucción de los atlantes. Pero todo se explica, recordando que ambas, la Atlántida y Atenas, según el Relato, desaparecieron en una misma época por efecto de una catástrofe semejante, y teniendo presente que la reconstrucción de la segunda debió ser considerada propiamente como una nueva fundación á raíz del funesto acontecimiento, como debió haber sucedido tras de cada uno de los diluvios que después la arrasaron.

IX

Ejemplos de cataclismos semejantes al de la Atlántida.

No me esforzaré mucho en demostrar que fué una realidad, y no una fábula exagerada, el tan terrible suceso que ahogó la infortunada isla en los abismos de un mar devorador. Sólo añadiré, que desastres semejantes, hasta donde alcanzan las luces de la historia, consta que se han verificado en todas las partes del globo y en todas las épocas, comprobando la perfecta posibilidad del que nos ocupa.

El Sr. Orozco y Berra, en su obra antes citada, parte 2ª, libro 1º, cap. 1º, dice á este propósito:

"Enseña la geología, que la forma de las tierras no fué la misma en las distintas épocas paleontológicas; cambiaron, cambian y cambiarán continuamente, aunque no advirtamos las diferencias sino por tiempos seculares. Grandes cataclismos plutónicos ó neptunianos han dislocado la delgada costra del globo, dejándole aspectos diferentes. Las observaciones de los sabios han podido tener lugar en los terrenos emergidos: ¿sabemos algo de los sumergidos, de las revelaciones que el fondo de los mares nos haría, si pudiera ser consultado?"

"Estas deducciones viene á confirmarlas la ciencia, elevándolas casi á la categoría de demostraciones. Hemos visto antes, que Milne-Edwards, con motivo de los elefantes, indica la unión entre el Asia y la América. El distinguido geólogo Alarcón defiende la continuidad antigua entre la América del Sur y la Australia. Lyell demuestra la existencia de la Atlántida

terciaria. Conocemos sobradamente la cuestión de la Mereópide de Teopompo ó sea la Atlántida de Platón. Refiere este sabio, en el diálogo titulado Timeo, haber sido informado por su tío Solón, que viajando por Egipto, recibió entre las instrucciones de los sacerdotes de Sais, haberle contado uno de los ancianos, que en siglos remotos existió un gran continente en el Atlántico, cuyos habitantes habían hecho conquistas en Europa. Era tierra afortunada, mas á consecuencia de grandes cataclismos desapareció tragada por el mar en un día y una noche."

"La geología viene demostrando ahora la existencia de un gran continente en el Atlántico, puente de comunicación entre la Europa y la América."

Plinio, en su Historia Natural, lib. 2º, caps. 92, 93 y 94, refiere las sumersiones de varios países, montes y ciudades de Europa debajo del mar, con pérdida de muchos miles de vidas. Según Plutarco, Jutland, provincia de Dinamarca, fué por más de un siglo, antes de la Era Cristiana, el teatro de una serie de inundaciones del mar, que forzaron á más de trescientos mil hombres en estado de llevar las armas y á una multitud de mujeres y de niños, tanto cimbrios como de otros pueblos, á dejar su patria y á arrojarse sobre Italia y España. Se da á estas inundaciones sucesivas el nombre de diluvio címbrico. Estrabon (l. 1, c. 3, pár. 9) trae también varios ejemplos de cambios notables en la superficie de la tierra, originados por violentos trastornos de la naturaleza.

"Del otro lado del mar, escribe M. de Nadaillac en su obra "La América Prehistórica," más allá del Atlántico, encontramos una tradición constante de cataclismos, diluvios, erupciones volcánicas, acarreando la destrucción de regiones inmensas, de continentes enteros. Estas tradiciones pueden ser exageradas, pero es imposible que reposen no más sobre hechos imaginarios."

Sería fatigoso citar más autores para comprobar multitud de violentas alteraciones de la naturaleza que constan por la His-

toria. Pero aparte de eso, ¡cuántos cataclismos se han verificado en las edades más remotas de la tierra, que le dieron la forma primero encontrada y después mil veces cambiada sin que el hombre actual tenga noticia de tan variadas transformaciones más que por el estudio de la geología! ¡y cuántos otros más ó menos desastrosos habrá habido y han quedado ignorados, precisamente por el efecto destructor de los mismos cataclismos, por el aislamiento de los países en que han hecho sus estragos, ó por el olvido secular de los informes de las pocas gentes que de ellos hayan tenido conocimiento! Tal iba á suceder con la historia de la Atlántida, si no hubiera sido recogida por la infatigable diligencia de los fenicios, escudriñadores de los más apartados mares en la antigüedad, y guardada por sus vecinos los egipcios, archiveros del género humano, quienes la transmitieron á la culta Grecia, de donde se ha esparcido por los horizontes de la ciencia moderna.

X

Tule, la última tierra.—Errores acerca de este punto.
No existió en Europa.

Ahora voy á encargarme de una cuestión histórico-geográfica, que mucho ha dividida las opiniones de los sabios y que todavía es fuertemente debatida, sin haber sido resuelta por fallo definitivo. Hablo de la situación de Tule, país que, á mi entender, mucho se relaciona con la Atlántida, la cual con él comparte su celebridad y misterioso destino. Todos se preguntan, ¿dónde estuvo esa tierra encantada, que tanto ha ocupado la imaginación de los poetas y de los geógrafos? Hasta ahora sólo se sabe que era considerada como el extremo límite del mundo conocido, y á esa circunstancia ha debido el principal motivo de su reputación. Virgilio en su 1ª Geórgica, vers. 30, hablando de César, dice:

..... ac tua nautae
numina sola colant, tibi serviat *ultima Thule.*

"y los navegantes acaten sólo tu numen y te reverencie la última Tule." El gran trágico latino, Séneca, en su "Medea," acto 2º, vers. 374 á 379, exclama:

Venient annis sæcula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat Tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris *ultima Thule.*

"Tras dilatados años vendrán siglos en que el Océano deje caer el velo que impide penetrar sus misterios, aparezca la Tierra en su extensión ingente, Tetis descubra nuevos mundos y no sea ya Tule la última de las tierras." Tácito, en la Vida de Agrícola, dice también: ....*dispecta est et Thule quadamtenus*, "también se ha explorado algo á Tule," frase que indica que esa región se hallaba casi desconocida y al extremo del mapa-mundi de esos tiempos.

Muchos otros autores hacen mención de ella en el mismo sentido; pero casi todos, con más ó menos pobreza de razones, se empeñan en colocarla rumbo al Norte de Europa, desorientados completamente por la desaparición de la Atlántida, con la cual no han contado para poder dar otro giro más verosímil á sus conjeturas. Vossius la ha puesto en las islas Hebridas ó en las Orcadas, inmediatas al extremo septentrional de la Gran Bretaña. Cellarius, en Féroe, más al Norte, distante como tres grados en línea recta. Pomponio Mela dice estar situada enfrente de la ribera de Bergen, Noruega. Ujfalvi, en la misma Noruega, á los 64 ó 65 grados de latitud. Algunos, en Jutland, de Dinamarca. Otros, en las islas Shetland, de Escocia. Por fin, la mayor parte de los escritores que se han ocupado de aclarar este punto, la sitúan en Islandia, isla también danesa, próxima á la Groenlandia, y cuyas dos puntas más septentrionales apenas tocan al círculo polar ártico.

El mismo gran número de lugares, que sin una razón convincente se pretende bautizar con aquel histórico nombre, desautoriza en mucha parte las referidas aseveraciones que mutuamente se excluyen. Pero lo más raro del caso es, que todas ellas parten de las noticias que dió, ó se supone que ha dado, el insigne geógrafo marsellés Pytheas, que viajó por el Norte de Europa en el siglo IV antes de la Era Cristiana y cuyas obras se han perdido, habiendo sólo quedado algunos fragmentos, citados en los escritos de otros autores. Lo que él ha dicho, sin embargo, no creo que conduzca á sostener las opiniones referidas, y de esto voy á tratar en seguida.

Para sentar las bases de la cuestión, voy á transcribir algunos párrafos de la obra "Historia de la Geografía" por Vivien de Saint Martin, quien en el primer período, cap. 12, dice así:

"Pytheas no se limitó á este reconocimiento de los lugares productores del estaño; persiguiendo tal vez el segundo objeto de su viaje, el descubrimiento de las playas en que se producía el ámbar, remontó las costas de la Bretaña hacia el Norte. Así llegó á la punta septentrional que da frente á las Orcadas. ¿Pasó Pytheas de esta punta extrema? Muchos escritores modernos lo han dicho ó repetido; pero no se ve en texto alguno. Y no solamente los antiguos compiladores que nos transmiten la relación perdida del explorador marsellés, pero aun Gemino, Estrabón y particularmente Plinio, no dicen que él haya pasado de la punta de la Bretaña, sino que lo contrario es lo que resulta de sus extractos. Gemino, autor del primer siglo antes de nuestra era, en su Introducción á la Astronomía, refiere las propias palabras del viajero: *Los bárbaros* (los bretones) *nos mostraban los puntos en que el sol se ponía. Porque en esos lugares sucedía que las noches eran muy cortas, en unos de dos y en otros de tres horas; de modo que el sol, apenas puesto, reaparecía casi en seguida.*"

"Después Gemino prosigue su demostración para enseñar que á medida que se avanza al Norte, el círculo que describe el sol en el día del trópico de estío se eleva más y más y acaba por encontrarse totalmente sobre el horizonte, produciendo un día solsticial de veinticuatro horas. Pero *en todo este pasaje no se pronuncia el nombre de Tule*, lo que el escritor seguramente no hubiera dejado de hacer, si Pytheas hubiera averiguado, por una observación directa, ser allí el día de la duración expresada. Estrabón es quien refiere que, según Pytheas, *la última región al Norte de la Bretaña era Tule y que en este país el trópico de estío se confundía con el círculo ártico.* Y el mismo añade: *Pero Pytheas no da respecto de esto ningún otro detalle. No dice si Tule es una isla, ni si en este clima, en que el trópico de estío sirve de círculo ártico, el país sigue siendo habitable.*"

De paso advertiré, que no debe atribuirse á contradicción de parte del explorador marsellés, el que hable de puntos en que el sol se ponía, y al mismo tiempo de noches muy cortas, que sólo se observan en las latitudes muy septentrionales, porque sabido es que en éstas la amplitud del ángulo en que el sol se pone, es muy grande, y el Oeste aparente en el estío se aproxima cada vez más al Norte, hasta llegar á confundirse con él en ciertos puntos de latitud y declinación.

Veamos ahora cuál de los lugares arriba mencionados pudo haber sido el señalado por el explorador con el nombre de Tule. Desde luego parece que no lo fué Noruega en los grados 64 ó 65, ni Bergen, ni Jutland, situados en la tierra firme del continente europeo, porque estos sitios se hallan en rumbos diferentes y aun opuestos al designado por el referido viajero, que, según Plinio y Estrabón, fué el del Norte de Bretaña, aunque acabamos de ver que Saint Martin piensa que no lo fué ninguno. Además, en los dos últimos lugares de los tres expresados, no concurre la circunstancia de ser sus noches mínimas de dos ó tres horas, sino poco más ó menos de cinco y media en el primero y de seis y tercia en el segundo, según deduzco de su latitud y de la declinación del sol en el día del solsticio.

Tocante á Jutland, dice Malte Brun en su Geografía Universal, cap. 5º, que Pytheas, continuando su viaje al Nordeste de la Bretaña (ya se ha visto que Plinio y Estrabón decían al Norte), encontró á seis días de navegación una parte de la costa de dicha provincia, en Dinamarca, nombrada hoy Thy ó Thyland y en el antiguo escandinavo Thiuland, que cambió en Thule ó Thyle. Pero, en primer lugar, el cambio del nombre no aparece en manera alguna justificado. En segundo lugar, si se daba á Thy el nombre de Tule, por ser la última tierra, no ha sido racional la denominación, porque á seguida de Jutland hacia el Norte se hallaban á la vista otras tierras. En tercer lugar, hallándose un viajero en el extremo de la Bretaña, no sería posible llevase para Jutland el rumbo que se dice del Nordeste, pues dicho país se

halla al Sureste. En cuarto lugar, más al Norte y más remotos que Jutland se hallan todos los países arriba indicados, inclusa la punta extrema de la Bretaña de donde se dice que Pytheas había partido, y debía mejor cualquiera de ellos ser tenido como la última tierra conocida. A la verdad, yo no puedo combinar el aserto del geógrafo citado con las consecuencias contradictorias que de él se desprenden.

Mas prosigamos con el análisis de las demás opiniones. Las islas Shetland, están en el cuadrante del Nordeste, y teniendo la misma latitud de Bergen, tienen sus noches de la propia duración, esto es, de cinco horas y media. Las Orcadas se hallan esparcidas entre el Norte y el Nordeste del punto de observación y muy próximas á la costa, cuyas noches deben ser á lo menos de seis horas. Las Hebridas se ocultan al Poniente de la tierra escocesa y tienen sus noches más largas que las Orcadas y aun más que el extremo boreal de la isla británica en que se situó el observador.

El mayor número de autores, como he dicho, han creido hallar en Islandia el país desaparecido, quizá porque allí se podrán ver noches de la duración expresada por Pytheas, y aun nulas, siendo los dias de más de veinticuatro horas en los sitios de la misma isla cortados por el círculo polar ártico durante la proximidad del sol al solsticio de estío. Pero por otras circunstancias, esta tierra es quizá la menos comprendida dentro de las indicaciones del célebre viajero. Se halla á siete grados directamente del extremo de Bretaña, lo que equivale á 420 millas ó 140 leguas marinas, lejanía inmensa para que unos salvajes como los bretones de aquel tiempo, según los llama Estrabón, diesen informes precisos acerca del rumbo y duración de las noches de una región tan remota, á la que probablemente jamás se habían acercado. Y supuesta esa gran distancia, tampoco era posible divisar de lejos, no sólo la isla, pero ni aun el volcán Hecla que en la parte más meridional de la misma se eleva una milla sobre el nivel del mar, pues la depresión de éste es allí algunas leguas debajo

del horizonte de Bretaña, por efecto de la redondez de la tierra. Por otra parte, Islandia no fué descubierta hasta muchos siglos después del nacimiento de Jesucristo, y sería difícil que desde cuatro antes de éste tuviese ya el nombre propio de Tule que se le atribuye.

No quedan más que las islas Féroe, con latitud de 62° 22′, á la distancia de sesenta leguas casi al Norte y con noches de tres horas tres cuartos, que puedan tenerse como la Tule imaginada por Pytheas. Sin embargo, lo cierto es que este viajero jamás llegó á ella ni visitó las otras ya mencionadas, limitándose á recoger las noticias que le dieron los naturales de Bretaña acerca de una tierra situada por ese rumbo y dando fe de haber visto un horizonte que no era mar, ni tierra, ni aire, sino un conjunto de elementos indefinible, en el que no se podía estar de pie ni navegar. Esta ilusión, de buena fe sin duda, no se ha visto realizada en ningún lugar del globo, y sólo era sostenible divisando de lejos esos extraños elementos, pues en acercándose, toda la visión fantástica hubiera luego venido por tierra. Ya sabemos lo que dijo el mismo Pytheas, "los bárbaros nos mostraban los puntos en que se ponía el sol;" lo que demuestra que á esto se redujo su inspección. Estrabón extraña que el referido explorador no haya dicho si Tule era una isla, ni si el país era habitable, no obstante las condiciones climatéricas que le suponía. Se comprende que no pudo dar estos detalles ni los demás que suelen los viajeros que escriben para informar á sus lectores, porque no estuvo en el lugar que simplemente anunciaba.

Por lo dicho hay sobrado fundamento para creer que en la antigua Europa no hubo un país determinado que fuese conocido con el nombre predicho, ni lo hay en la actualidad que lo conserve, entre aquellos á que ha querido aplicarse. Aun se dice que Pytheas no lo estampó en el pasaje que se transcribe de sus obras. Pero Estrabón, que las leyó y á ellas se refiere, lo menciona como situado por el explorador al Norte de Bretaña, y sólo se admira de que ningún otro viajero, de los que habían

visitado esta isla, hubiese dicho una palabra de Tule, no obstante que mencionaban otras agrupadas á su derredor. Así es que él concluyó por opinar, que el límite de la tierra habitada estaba un poco al Occidente, esto es, en Irlanda, cuyos habitantes, dice, eran completamente salvajes, y más allá de la cual no señalaban ninguna otra los exploradores de ese tiempo.

XI

La Ultima Tule en la Atlántida.—Tradiciones.—Etimología.—Poblaciones con ese nombre en el Occidente de Europa.—Idem en el centro de la América.

Si, por una parte, el país indeterminado á que el explorador marsellés pretendió aplicar el nombre de Tule, no se ha podido encontrar, ni ha existido donde ha sido buscado, por otra aparece indudable que hubo realmente uno en diferente región de la tierra, que llevó ese mismo nombre, que estuvo en cierto tiempo en los límites del orbe conocido, y cuyos vestigios se han perdido en el propio sitio que ocupaba. Pero ese país, á pesar de su desaparición, ha dejado pruebas evidentes de su positiva existencia: 1º, en los recuerdos vagos, desorientados, pero firmes y persistentes, que han movido á los sabios á buscarlo en las más retiradas comarcas, por no poder presumir su hallazgo en una isla sepultada en las profundidades del Atlántico desde remotísimos siglos; 2º, en la tradición de las razas que de allí partieron para otras tierras; y 3º, en los nombres de los lugares por donde ellas peregrinaron y resultan idénticos en sonido, etimología y significación al primitivo de que eran imitación y recuerdo.

Ese extravío en la investigación referida se explica satisfactoriamente. Tule, situada en la Atlántida, como trataré de demostrarlo más adelante, debió ser considerada como la última tierra hacia Occidente por los navegantes fenicios, que saliendo á expedicionar por las aguas del Grande Océano, llegaron alguna vez á visitarla. Con la sumersión de la segunda, desapareció

también la primera, y casi por completo la memoria de ambas, que sólo ha venido á reconstruirse por los estudios históricos modernos. Consecuencia forzosa de este suceso debió ser, que desde entonces ya no pudiera precisarse su verdadera ubicación, que se borraba más y más de la memoria de los hombres á medida que el tiempo transcurría. Por ese rumbo no quedaban ya como última tierra más que las Columnas de Hércules con su inscripción emblemática y significativa de *non plus ultra*, pero nunca se acreditaron ellas como la última Tule. Era preciso buscarla más lejos, y prosiguiéndose las investigaciones sucesivamente del Oeste al Norte, desde las islas Azores hasta la de Bretaña y sus adyacentes septentrionales, y de allí á la Islandia, Dinamarca y Noruega, rondaron así por un cuarto de círculo completo, pero siempre sin éxito cumplido.

En cuanto á las tradiciones, algunas son tan claras como terminantes y de una autenticidad irrecusable. Donnelly, en su obra La Atlántida, parte 1ª, capítulo 5º, refiriéndose al Popol Vuh, libro sagrado de la nación quiché, que habitaba una parte de la América Central, trae lo siguiente: "El Popol Vuh nos dice, que después de las emigraciones de Aztlan, tres hijos del rey de los quichés, á la muerte de su padre, determinaron ir, como sus padres habían ordenado, al Este, en las costas del mar de donde sus padres habían venido, á recibir la autoridad real, diciendo adiós á sus hermanos y amigos y prometiendo volver. Sin duda pasaron el mar, cuando fueron al Este á recibir la autoridad. Ahora, este es el nombre del señor ó monarca del pueblo del Este á donde fueron. Y cuando llegaron al Señor Nacxit, nombre del gran señor, único juez, cuyo poder es sin límites, hé aquí que él les concedió la investidura de la autoridad real, con todo lo que la representa y sus insignias, todo lo cual trajeron ellos á su regreso y fueron á recibir del otro lado del mar, el arte de pintar de *Tolan*, un sistema de escribir, dicen ellos, para recordar las cosas en sus historias."

Esta tradición nos da noticias bien importantes, esto es: que la influencia y dominación de los reyes atlantes, originarios de

Aztlan, al otro lado del mar, donde mismo se reputa situada la Atlántida, se extendía hasta la América, lo que confirma plenamente el dicho de los sacerdotes egipcios: que la civilización de los quichés era un reflejo de la de la Atlántida, y que Tolan era una población de esta isla, á donde iban reyes tributarios en busca de instrucción y de poder. Por estas circunstancias hay lugar á presumir que dicha población era la capital, presunción que se robustece con el hecho, antes ya explicado, de que el asiento de los reyes atlánticos era un valle bien regado y sumamente fértil, donde pudo prosperar la planta acuática llamada tule, de la que procede Tulan ó Tolan, como se explicará más adelante. Sea de esto lo que fuere, Tulan estaba en la Atlántida, y sumergida ésta, debió arrastrar en su propia desgracia á la otra, que es el concepto que más directamente se refiere á nuestro propósito.

Brasseur de Bourbourg, en su Introducción y comentario al Libro Sagrado que se acaba de citar, dice lo siguiente: "Un gran número de tradiciones indígenas hacen también salir de Tula la raza nahuatl, y á este respecto veamos lo que dice el Manuscrito Cakchiquel: *Cuatro personas vinieron de Tulan;* DEL LADO EN QUE EL SOL SE LEVANTA, ES UNA TULAN. *Hay otra en Xibalbay, y otra donde el sol se pone, y es la que vimos, y del lado donde el sol se pone hay otra donde está el dios: así es que hay cuatro Tulan; y allí donde el sol se pone venimos á Tulan,* DEL OTRO LADO DEL MAR EN QUE ESTÁ TULAN, Y ALLÍ ES DONDE HEMOS SIDO CONCEBIDOS Y ENGENDRADOS *por nuestras madres y nuestros padres.*" Se ve, por esto, que entre esas cuatro Tulan había una en el Oriente, del otro lado del mar, origen probablemente, dice Brasseur, de las otras tres existentes en el Nuevo Mundo; pero también había otra en el Poniente, fundada por los toltecas, quienes, destruído su imperio, consta por la historia que pasaron en gran parte á la América Central, donde por la propensión de la raza á las recordaciones geográficas, es probable que hayan sido los fundadores de la Tulan de Xibalbay, respecto de la cual se hallaba en el rumbo indicado la anteriormente construída por ellos.

Además, preciso es saber, que no son únicamente tres, sino muchísimos otros más, esos nombres esparcidos por donde quiera que ha pasado la raza nahoa, y muy principalmente por donde se ha establecido, que fué en México y Centro-América.

Las tradiciones hacen á dicha raza originaria del Oriente; y si bien es cierto que algunas de ellas hablan del Norte, es porque viniendo los nahoas primeramente de aquel rumbo después de la ruina de su patria, atravesaron el continente americano hasta el Lago Salado ó sus inmediaciones, y de allí, torciendo al Sur y salvo algunas inflexiones en el camino, siguieron por punto general este rumbo, hasta llegar á las tierras del Anáhuac, habiendo hecho mansiones prolongadas en varios países del tránsito. Entre éstos se halla el de Culiacán, que se reputa la primera etapa de la peregrinación azteca, no porque así haya sido en realidad, sino porque su signo en el jeroglífico aparece en seguida del de la Atlántida, debido á que ambos puntos eran los datos históricos antiguos más precisos y más importantes en la narración hierática.

Las huellas geográficas dejadas por los atlantes así en Europa como en América, inducen á sostener el concepto que he expresado, que Tule estaba en la Atlántida. Pero antes de emprender esta demostración, es preciso ocuparse de la etimología y significación de la palabra Tulan, tan repetida en las tradiciones de que acabamos de hablar. Tulan, en el idioma nahoa ó azteca, pues á él pertenece y dicen entendidos filólogos que no tiene explicación etimológica en otro ninguno, es con toda propiedad *Tullan* ó *Tollan*, compuesto de *tollin*, tule, y de la posposición *tlan*, elidiéndose en la composición las dos letra finales del primero y las dos primeras de la segunda, y significando "cerca de donde hay tules," especie de juncos ó espadañas que abundan en terrenos de mucha humedad. La *o* y la *u* son letras comunmente substituibles en dicho idioma, y la *ll* no se pronuncia como en español, sino como doble *l*. Se comprende así fácilmente que *tollin*, tule, y *tollan*, lugar de tules, se hayan con-

vertido sin esfuerzo en *Tule* sencillamente, ó *Thule*, ó *Tula*, como se dice con frecuencia en español y en otros idiomas.

Es de advertir que los nahoas no sólo llamaban con tal nombre á los lugares en que veían prosperar esa planta. Eran, como he dicho, sumamente afectos á las recordaciones geográficas, y aunque en esto no hacían más que obedecer á una inclinación natural y común á todos los hombres, pues los actuales europeos también han transladado á América los nombres de Guadalajara, Durango, Mérida, Valladolid, Corinto, Roma, Nueva España, Nueva York y otros muchos del antiguo mundo, pero esa propensión era en ellos especial y persistente, debida quizá á la bondad legendaria de la patria que se habían visto obligados á abandonar. Así es que daban frecuentemente á las poblaciones que construían, los mismos nombres de otras en que anteriormente habían vivido y que habían dejado después en sus diferentes trasmigraciones. Varios ejemplos existen de esta costumbre indígena, y entre ellos no es el menos notable, ni el más ajeno de nuestro propósito, el de la misma Tollan ó Tula, en el actual Estado de Hidalgo, antigua capital del imperio de los toltecas, fundada casi á raíz de la llegada de esta inteligente tribu á las tierras altas de México, y cuyo terreno, según he sabido, no produce el tule, llevando esa denominación solamente en memoria de una antigua patria, ya perdida, pero no olvidada completamente.

Esa raza orgullosa y atrevida que, cruzando el océano, había avasallado casi todas las naciones sentadas á las márgenes del Mediterráneo, derrotada al fin en su última empresa de conquista por el pueblo de Atenas, comenzó desde entonces á experimentar las más tremendas adversidades. En breve sufrió una inundación que la hizo desaparecer de la haz de la tierra en su patria de origen, y en seguida sus colonias en el continente fueron sucesivamente arrolladas por el oleaje invasor de otras razas. La que bajo el nombre de iberos ocupó la España y la región meridional de la Galia, parece que fué su último resto y ha dejado allí algunos nombres geográficos, que respetados por

la última Tule no estaba al Norte, sino al Occidente de Europa y al Oriente de América, en esa isla situada en medio del océano; allí donde se reclinaba la ilustrada Tollan, la que visitaban los reyes centro-americanos para traer á su patria el arte de escribir y para obtener las prerrogativas de la autoridad soberana; allí de donde se desprendió la más terrible invasión que acaso ha sufrido el continente europeo, dejando en él las reminiscencias, ahora ya casi extintas, de la Atlántida y de la Tollan occidental; allí, en ese cuasi-continente, que después de haber sido el teatro del desastre más grande que registran los siglos, sirvió de punto de partida á la peregrinación de la más heróica de las razas americanas, que en su tránsito y en su estancia definitiva dejó el suelo regado con poblaciones que le traían á la memoria su antigua mansión, la Atlatlah y la Tollan de Oriente; después de todo eso que va demostrado, ¿cómo podrá haber quienes busquen todavía una Tule incierta, improbable y aun fantástica en Islandia y otras regiones comarcanas?

Vosotros, oh europeos, no imagináis esa última tierra donde realmente estaba, porque ya no existe, porque ha escapado á la vista del hombre como por arte de prestidigitación. Nosotros, los americanos, consultando las tradiciones más constantes de los pueblos del Nuevo Mundo, y rastreando los pasos de nuestros ascendientes, que al salir de su patria para conquistar ó establecerse en otros países, nos han dejado en sus huellas un hilo como el de Ariadna para salir del laberinto de nuestras dudas, nosotros percibimos en cierto modo su presencia impalpable en medio de un mar solitario, en otro tiempo espléndida mansión de hombres felices, y exclamamos: ¡Allí fué la Atlántida! ¡Allí fué la Ultima Tule!

México, Septiembre de 1895.

EUSTAQUIO BUELNA.

ÍNDICE.

		Pág.
	Extracto de la exposición titulada "La Atlántida y la Ultima Tule."	III
I.	El Relato de Platón	1
II.	Cómo se fundó el gobierno de la Atlántida. —Etimología de la palabra.—Su conformidad con el jeroglífico de la peregrinación azteca.—Chicomoztoc	5
III.	Extensión é influjo del imperio atlántico.—Huellas geográficas y lingüísticas en Europa.—Huellas geográficas y lingüísticas en América	10
IV.	Tradiciones sobre la existencia de la Atlántida	14
V.	La Atlántida más grande que el Asia y la Libia.—En qué sentido debe entenderse este concepto.—Confírmase por los fenómenos geológicos y físicos observados.—Extensión calculada de la isla	18
VI.	Dos islas en una.—Su extraordinaria fertilidad.—Nahuatlan.—El salvamento èn la isla central	22
VII.	¿Por qué entre los egipcios se conservó la memoria de los sucesos de la Atlántida, y no entre los griegos?	24
VIII.	Epoca de los sucesos de la Atlántida.—Cómo deben computarse los 9,000 años de Platón.—Acontecimientos concordantes	26
IX.	Ejemplos de cataclismos semajentes al de la Atlantida	31
X.	Tule, la última tierra.—Errores acerca de este punto.—No existió en Europa	34
XI.	La Ultima Tule en la Atlántida.—Tradiciones.—Etimología.—Poblaciones con ese nombre en el Occidente de Europa.—Idem en el centro de la América	41

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER
BOOK DUE

CANCELED
AUG 14 1987

AUG 30 1987

2 A 7184

Geog 3055.40
La Atlantida y la Ultima Tule;
Widener Library 004193985
3 2044 082 183 542